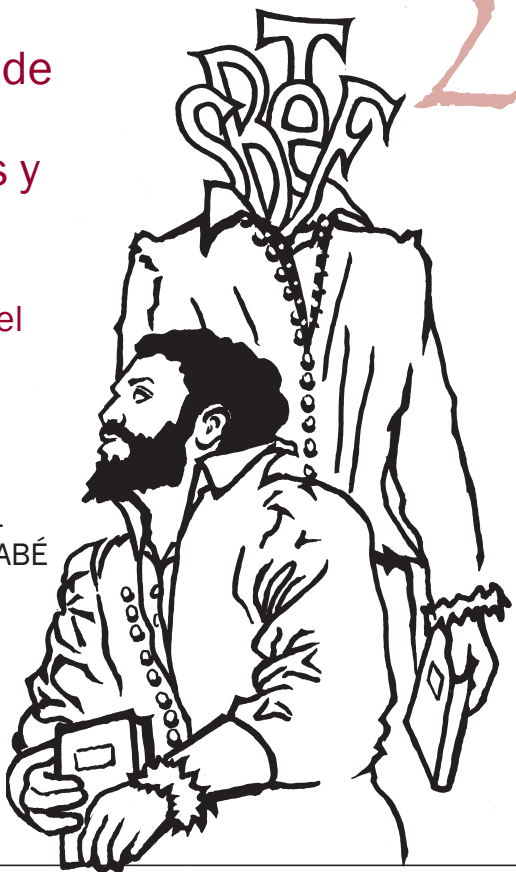


Un festín de palabras, imágenes y letras

Lectores en
la España del
Siglo de Oro

JOSÉ MANUEL
PRIETO BERNABÉ



UN FESTÍN DE PALABRAS, IMÁGENES Y LETRAS:
LECTORES EN LA ESPAÑA DEL SIGLO DE ORO

UN FESTÍN DE PALABRAS, IMÁGENES Y LETRAS:
LECTORES EN LA ESPAÑA DEL SIGLO DE ORO

José Manuel Prieto Bernabé

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID 2008

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por medio ya sea electrónico, químico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial. Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Catálogo general de publicaciones oficiales

<http://www.060.es>



© CSIC

© José Manuel Prieto Bernabé

Viñeta de cubierta: Damián Flores

NIPO: 653-08-069-7

ISBN: 978-84-00-08639-8

Depósito Legal: M-17.983-2008

Compuesto y maquetado en el Dpto. de Publicaciones del CSIC

Impreso en: RB Servicios Editoriales, S.L.

Impreso en España. *Printed in Spain*

LAS formas que envuelven al mundo de la lectura, tal y como hoy las concebimos, se caracterizan por ser prácticas que, desde su más desnuda trascendencia social, alcanzan a distinguirse por su estricto carácter personal, solitario y silencioso. El sencillo acto de leer, en todas sus facetas, se inscribe y enraíza perfectamente en las cotidianidades de una sociedad versátil y desarrollada como la nuestra. Como es sabido, este habitual ejercicio, independientemente de su cantidad y calidad, llega a ser parte sustancial del desarrollo de la instrucción educativa, de la construcción y progreso del mundo profesional y facultativo, incluso del más habitual y sencillo entretenimiento. En definitiva, una ventana

necesaria para captar todos los aires que impulsa el conocimiento y la información.

Sin embargo, para llegar a este grado de excelencia, es decir, a la normalización de las rutinas lectoras que hoy todos frecuentamos, ha sido preciso recorrer un largo transcurso de tiempo a través del cual se fueron modelando diferentes procedimientos, de los que será imprescindible remontarse a la baja Edad Media, incluso antes, para empezar a reconocer algunas de sus claves.

Se ha aceptado con demasiada ligereza el hecho de que los hombres y mujeres del Renacimiento fueron los primeros en proponer las líneas de formación del mundo moderno, proyectando una imagen de un periodo caracterizado por la fractura con la Edad Media y el retorno casi exclusivo a los modelos de la Antigüedad clásica. A pesar de que este planteamiento no se aleja de la verdad, debemos matizar el concepto de “fractura”, al menos desde el punto de vista especulativo, ya que no conviene desconsiderar la conexión que existió entre un pensamiento

medieval que jamás volvió la espalda a las aportaciones de los autores grecolatinos, y otro renacentista que, a pesar de haber roto con los saberes de su pasado inmediato, en buena medida bebió, y mucho, de las esencias de los grandes pensadores y textos del medievo.

En el tránsito de la Edad Media a la Moderna no hubo una ruptura brusca, sino un largo proceso en que se fueron generando un conjunto de métodos y valores renovados, y una original forma de pensar y ver las cosas, nacida de unas determinadas condiciones económicas, demográficas, políticas, sociales, incluso técnicas, que conformaron, desde la continuidad del pasado, una nueva y posible realidad cultural.

Este concepto de continuidad, entendido desde la idea de “larga duración”, también estuvo presente en la transformación cultural que se produjo entre la tradición oral y el testimonio escrito. Y en ese devenir se afirmaron y avinieron tres tipos de expresiones culturales: la *oral*, la *icónico-visual* y la basada en la *lecto-escritura*.

Una terna de prácticas de comunicación que recorrerán principalmente a lo largo de la Edad Moderna caminos paralelos, unas veces con intereses culturales semejantes, otras, soportando distintas formas de relación social. Todas ellas, en su conjunto, nos permitirán comprender mejor las relaciones que hubo en los siglos XVI y XVII entre la cultura letrada y no letrada.

Desde esa perspectiva es necesario plantearse la inviabilidad de establecer superioridades de una cultura sobre otra (como lo hizo erróneamente la historiografía positivista). Durante la Edad Moderna, el trinomio: escuchar, ver y leer/escribir apuntaba a la mutua aceptación y, sobre todo, a la simultaneidad. Tres fenómenos de comunicación perfectamente reconocidos y adaptados a las necesidades tanto individuales como colectivas para conocer y dar a conocer.

El pergamino, la pluma, la mano del escribano o el manuscrito, junto a la correspondencia epistolar o el pasquín, aún competían con el mundo de la edición mecánica de la letra

impresa y de su publicación masificada. Las arengas militares, las audiencias en palacio, las letanías y prédicas religiosas, la lección en las aulas y demás hábitos académicos, las llamadas de los pregoneros y vendedores, la convocatoria a espectáculos y eventos públicos, las consejas o la sencilla recitación del romance o coplilla de ciego, se manifestaban de forma directa y verbal. De manera similar, el reflejo de la vista continuaba deslumbrando y alimentándose gracias a la proliferación de nuevos materiales iconográficos (como el grabado) que empezaron a instruir por sí solos.

Y en este mundo de contrastes y novedades no resulta contradictorio puntualizar que, a la vez que se extendía más el dominio del libro impreso y la costumbre de la lectura ocular, callada y solitaria, los textos siguieron oyéndose públicamente, y las imágenes y estampas no dejaron de representar el conocimiento como se hizo durante cientos de años atrás. Y los tres modos de recepción, estos tres “ingenios mediadores” como

les ha denominado Fernando Bouza, siguieron corriendo parejos, al menos, durante la alta Edad Moderna.

Quizás, lo que se aseguró fue que las imágenes y los textos (tanto en su forma manuscrita como tipográfica) sirvieran de manera más eficaz para la difusión y fijación de las ideas, mientras que las voces, más genuinas y espontáneas, transmitieran los mensajes con mayor prontitud y soltura.

Hechas estas breves indicaciones, nuestro propósito será definir de manera sucinta al público lector de la España del Siglo Oro, aludiendo, en primer lugar, al inmenso territorio que ocupaban los modos auditivos y comunitarios del consumo literario; seguiremos con los efectivos métodos óptico-intuitivos de recepción de la imagen, para terminar con el triunfo de las prácticas de privatización de la lectura que progresivamente irán inventando la figura del lector moderno como hoy lo concebimos.



El perro Berganza, al referirse a la dama de su amo, le contaba a su amigo Cipión cómo le gustaba detenerse: “a oírla leer...”: “leía como el pastor de Anfriso, cantaba extremada y divinamente...”. Este es un pequeño pero elocuente testimonio en el que Cervantes en el *Coloquio de los perros* nos muestra la cotidianeidad de la cultura auditiva y comunitaria. La dama en cuestión, a viva voz y de manera desmesurada y sonora, leía un texto dirigido a un variado auditorio que, independientemente de su manera de aprehender el mensaje, sabía apreciar con agudeza los timbres y armonías de la voz, y entender las muecas y zalemas empleadas en su lectura. De esta manera, la magia de las palabras unida a la de los gestos abría el tarro de las esencias, reviviendo figuras del pasado y del presente que ayudaban a recuperar la memoria y traer a la imaginación de los oyentes un mundo de sueños y evocaciones. Todos, en definitiva, confiaban en que se trajeran noticias y entretenimientos que vinieran a consolar la monotonía para seguir viviendo.

Frente a la dama, un público de escuchantes con los ojos fijos y los oídos atentos que participaba activamente de la velada. Una concurrencia normalmente gustosa, pero también exigente y capaz de aprobar o repudiar los textos y las representaciones que oía y veía, y de reconocer socialmente a las personas sólo por los ademanes y gestos que pudieran emplearse y, claro está, por las maneras de expresarse y leer.

Tenemos otros ejemplos que nos pueden ayudar a glosar este tema: don Quijote, en la noche que velaba armas, estuvo acompañado por Sancho quien decidió entretener a su señor contando cuentos. Pero el rudo escudero lo hacía tan mal, al menos, a la manera como se contaban en su tierra todas las consejas, que don Quijote le recriminó diciéndole: “Si desamane cuentas tu cuento Sancho, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días. Dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada”.

También sobre los timbres y sonoridades de la voz, un ejemplo que viene al caso es el de Lázaro de Tormes cuando elogiaba la grave, cuidada y ejercitada voz de su primer amo, el ciego, quien sabía de memoria: “ciento y tantas oraciones” y las entonaba: “con un tono bajo, reposado y muy sonable que hacía resonar la iglesia donde rezaba”.

Puede adivinarse que se trataba de cualidades, naturalezas y sensibilidades fruto de un largo proceso de adiestramiento de la palabra y del oído, y de una sutil intuición socialmente aprendida y transmitida de generación en generación desde siglos atrás, que continuó su estimulante marcha a lo largo de la Edad Moderna.

Cipión, el otro perro amigo de Berganza, le contaba a su compañero sus habilidades a la hora de juzgar la calidad de los textos que oía leer, y de apreciar el valor añadido que sabían darles algunos “entrenados” lectores-narradores: “que los cuentos, unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo

de contarlos, quiero decir que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabra, dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo más de monada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos”.

Se aprecian aquí dos formas de comunicación que se debatían entre lo oral y lo escrito. Ambas compartiendo intereses y sociabilidades sin que apenas hubiera entre ellas interferencia alguna. Se trataba de un viaje de ida y vuelta en el que la cultura escrita y la oral, así como la culta y la popular, se traspasaban componiendo un rico entrelazado de influencias mutuas.

En la primera de estas prácticas, la más universal y frecuente, figura como protagonista un público heterogéneo, diseminado en un espacio social muy ancho y abierto, como dijimos, no necesariamente exclusivo de los iletrados.

En este ambiente variopinto, el espectador, el oyente, podían ser, con todas las graduaciones

intermedias, una persona refinada o rústica, rica o pobre, principal o vasalla, letrada o analfabeta. Si nos fijamos en la figura del cura descrita en el *Quijote*, al empezar a leer la novela de *El curioso impertinente* lo hace tanto para caballeros y damas reunidos en la venta como para el ventero (Juan Palomeque) y su mujer, incluso para su hija Maritornes, que eran analfabetos. En cualquier caso, convendría imaginar individuos, por lo general, con una presumible afectividad cultural que, motivados por el placer de escuchar una historia o por la natural necesidad de estar reunidos buscando el entretenimiento y la sociabilidad, accedían al texto mediante una lectura amigable y de obligada dependencia.

La otra experiencia de lectura, más particular, estaba principalmente protagonizada por personas teóricamente experimentadas y hábiles en el manejo de las técnicas de la declamación y de la memorización, que podían prestarse, de forma “profesional” o amistosa, a una lectura en voz alta.

¿Quiénes eran estos “lectores entrenados”? En general, se trataba de individuos conscientes de su importante papel mediador. De narradores expertos que gozaban de un relativo reconocimiento social, y que no ignoraban que la voz y las gesticulaciones eran algunas de sus principales bazas de persuasión. Eran personas con una presumible capacidad de convocatoria, capaces de saber solicitar silencio en la sala y de llamar al orden para captar la atención, y de anunciar el asombro y la extrañeza de lo que iban a relatar, siempre apelando, previamente, a la brevedad para que nadie se aburriera.

Algunos de estos declamadores profesionales, como el célebre morisco Román Ramírez un prodigio de la naturaleza por su capacidad de retentiva, y muerto en prisión en 1579 acusado de brujería por el Santo Oficio, del que creía que necesitaba la ayuda del diablo para recitar de memoria novelas de caballería enteras, eran expertos en saber romper el ritmo monocorde de una lectura variando el tono y el tipo de voz,

de dar vida a todos los personajes (masculinos o femeninos) que intervinieran en el texto, o en decir los apartes hablando entre dientes, empleando muecas y llegando, si fuera necesario, a acompañarse con onomatopeyas y remedos de todo tipo. En resumen, personas capaces de afectar y teatralizar el modo de leer.

El éxito de algunos de esos “cuentistas” (nos dicen, entre otros, Aurora Egido, Paul Zunthor, Fernando Bouza, Margit Frenk o Roger Chartier) radicaba en ser dominadores absolutos de las historias que iban a contar.

Bien es cierto que muchas de esas historias eran conocidas por el auditorio, por ello la disposición de los narradores estaba siempre en intentar emplear con ingenio el tópico de lo novedoso. Es decir, lograr la atención y la captación del público escuchante mediante nuevas adaptaciones y acomodos que, sin perder el argumento original, ofrecieran alguna improvisación en la trama.

También, lejos de la búsqueda urbanidad y del más riguroso *tratadismo* cortesano renacentista,

incluso de las más elementales reglas de la discreción académica, no faltaron en los *campus* universitarios afamados personajes, bien despabilados en artes como el vejamen (una especie de discurso o composición poética de índole jocosa, que con motivo de ciertos grados o certámenes se pronunciaba o leía en las universidades o academias contra quienes en ellos tomaban parte). (Véase el trabajo de Abraham Madroñal: *“De grado y de gracia”: vejámenes universitarios de los Siglos de Oro*, Madrid: CSIC, 2005.)

Algunos de sus protagonistas eran, ante todo, expertos prosistas o poetas burlescos como lo fue Anastasio Pantaleón de Ribera, que gozaban de sobrada soltura a la hora de la improvisación, de la sátira, de la retórica viciosa, frívola y mordaz. Personas que, gracias a la habilidad en el uso de las palabras y gestos utilizados, no temían caer en la broma fácil y en la chocarrería festiva con tal de provocar la risotada, el asombro y la incongruencia, para así convocar el mayor auditorio posible. Y, por ello, no sería un

disparate reputar a estos individuos de *estimuladores de la convivencia*, es decir, de personajes que se constituían en el vínculo de unión entre el texto y su círculo de escuchantes, al tiempo que a su alrededor se configuraban las necesarias sociabilidades propias de la intermediación y de la convivencia ciudadana.

Sería un error pensar que sólo se frecuentaban ciertos géneros menores, en su mayoría, carentes de profundidad, es decir, contenidos pensados para un momento efímero, esperado y repetido que buscaban casi siempre de cumplir con la inmediatez de un acto ritual que, una vez concluido, apenas dejaba resonancia. De nuevo el inagotable Cervantes, en el prólogo a la primera parte del *Quijote*, hace una copiosa alusión a grandes obras y señalados autores grecolatinos, presumiblemente conocidos a través de una lectura exclusivamente oral. Por ejemplo, recuerda la leyenda de Caco descrita en la *Eneida* de Virgilio, una historia, a su parecer, muy conocida y reconocida por todos. Del mismo modo,

alude además a la figura de Medea retratada por Ovidio en la *Metamorfosis*, y a personajes como Calipso relatado por Homero en la *Odisea*, o a héroes como Alejandro Magno, historiado por Plutarco.

Nos encontramos ante una época (siglos XVI y XVII) que bien podría calificarse de *Edad Oral*, es decir, un tiempo en el que se concedió a la voz y a la palabra hablada un establecimiento de gran consecuencia social y cultural.



De forma paralela, a través de la vista, la imagen en general siguió representando el conocimiento. Otro fenómeno de comunicación plural perfectamente adaptado a las necesidades tanto individuales como colectivas para conocer y dar a conocer, esto es: para observar reconociendo.

No hay duda en que la imagen en la España moderna jugó un papel de intermediario esencial entre la cultura escrita y la cultura oral.

Se hizo así realidad la predicción de Sancho Panza cuando sentenciaba que: “No ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas”.

Tal vez, de todas las técnicas empleadas, fue el grabado la que abrió el gran camino a la masiva divulgación de las representaciones en imágenes. Lo que algunos autores como Jerónimo Nadal, en su libro *Imágenes de Historia Evangélica* (editado en Amberes en 1593) describía como “servirse de los ojos por lengua”.

A diferencia de un fresco, un óleo, un tapiz, unos frisos o unos relieves escultóricos, la reproducción grabada en estampa no fue una pieza de especial admiración ni en la mayoría de las veces de singular belleza, sino más bien un elemento de comunicación que alcanzó a persuadir, más que por los sentidos, por la elocuente y descarnada exposición que con ella se hacía de la evidencia figurada. Con el grabado más que contemplar y admirar la imagen, de alguna manera, se leía.

En algunos inventarios de libreros madrileños de finales del siglo XVI, como el suscrito por Juan del Casar, aparecen junto a los libros varias resmas de grabados y estampas. De igual forma, en el Valladolid del siglo XVI estudiado por Anastasio Rojo, se nos refiere la existencia de caudalosos mercaderes como los flamencos Julián de Gante o Juan Sandres dedicados al comercio exclusivo de estos materiales.

Concerniente al poder de comunicación de la imagen podemos recordar, en el *Quijote* de Avellaneda, aquel episodio de lectura en voz alta que representó Pedro Alonso debajo de un árbol y al que asistió como oyente un emocionado Sancho. Al poco de terminar la reunión, en el momento en el que don Quijote le pregunta a su escudero por el libro que escuchó leer, Sancho que no supo decirle el título, sin embargo recordó con detalle el grabado que ilustraba la portada, y gracias a ello permitió a su señor identificar lo leído con la novela de *Don Floristán de Candaria*. “Mi señor –dijo Sancho–, el libro es

lindo a las mil maravillas y mucho mayor que ese *Flos Sanctorum*. Tras que tiene al principio un hombre armado en su caballo con una espada desenvainada más ancha que esta mano, y da en una peña un golpe tal, que la parte por medio de un terrible porrazo, y por la cortadura sale una serpiente, y él le corta la cabeza...”

Sorprende la desenvoltura con que Sancho describe el grabado a don Quijote. Una manifiesta forma de comunicación que también permitía por sí misma una efectiva manera de conocimiento. Un recurso que debió ser el común entre los lectores de la época, y más cuando sabemos que el libro editado bajo los conceptos *contrarreformistas* gustó de manifestar una marcada preocupación por los elementos visuales. En pocas palabras, lo que metafóricamente Francisco de Borja concluía como “dar guisados los manjares que se han de comer”. Una práctica plenamente aceptada y comprensible para la mayoría, en la que los textos podían llegar a verse y en la que las imágenes

podían transformarse en palabras. Dicho de otro modo, las estampas, imágenes en general, el grabado en particular, fueron desarrollando una nueva sensibilidad lectora de corte más íntegro, personal y perceptivo.

El abundante material iconográfico aportado a los libros vino a reforzar (en todos los órdenes) el impacto del impreso. De hecho, los grabados de las portadas e interiores informaban de los contenidos, invitaban a su compra o a su lectura y, sobre todo, servían de propaganda. Los lectores modernos (o un cierto porcentaje de ellos) empezaron a esperar, desear y exigir, tanto de autores como editores, estas referencias ilustradas.



A pesar de que las voces y palabras junto a las imágenes contribuyeron de forma significativa a la comunicación y preservación de la información, sin duda, el fenómeno leer/escribir se alzó

con el dominio y el triunfo de la conservación de la comunicación en la Edad Moderna. Una impronta escrita y un afianzamiento de la lectura *extensiva* en la que no desapareció de forma definitiva el auxilio proporcionado por imágenes y voces. Y quizás fue así porque en la escritura también había algo de la esencia creativa que hemos visto asomar en las voces que entretenían o bendecían, y en las irresistibles imágenes cuya visión casi regalada era alimento del texto y la palabra.

No olvidemos que desde mediados del siglo XVI, autores como Pedro de Navarra o fray Antonio de Guevara, hasta otros de finales del XVII como Blas Antonio de Cevallos, seguirán especulando sobre los beneficios de la escritura, pero sin olvidar en todo momento parangonarla con las virtudes de las palabras e imágenes.

Entre estas innovaciones que propuso la práctica de la lecto-escritura, sería posible descubrir al menos dos graduaciones: una lectura

primaria, de naturaleza rudimentaria, ocasional y subalterna, y otra superior, docta, perseverante y dominadora de los textos que leía. Ambas, teóricamente, marcadas por la huella de una recepción sin intermediarios y por los recursos de la vista y el silencio.

Respecto al público lector, en efecto, tendríamos que hablar de aquel que se desenvuelve en un entorno de lectura elemental, y al que podríamos considerar de poco familiarizado con el desciframiento de la letra, procedente de medios que habían llegado más lentamente al dominio de la lectura, y para quien el libro, y en general cualquier material escrito, aún podía seguir siendo un objeto excepcional. Convendría recordar cómo aquel cuadrillero de la Santa Hermandad que intentaba certificar las señas de don Quijote se puso a leer un pergamino y lo hizo: “despacio, porque no era buen lector”; o cómo el candidato a la alcaldía de Daganzo confesaba: “sé leer, aunque poco”. De manera discreta, algunos de estos individuos principalmente ubicados en sectores

productivos y comerciales, aunque hubieran conseguido asimilar toscamente las técnicas de lectura, aun de la escritura, accedían a los materiales escritos discontinua y esporádicamente. Incluso podríamos ampliar este abanico social hasta el entorno de las prácticas propias de la entonces extendida lectura “ritualizada” e *intensiva*, de naturaleza devota.

En cualquier caso, no hay que olvidar que en esta diversidad de situaciones y habilidades—también en los sectores menos alfabetizados—encontramos personas capaces de descifrar con plena capacidad un texto o, cuanto menos ser sensibles al mundo de las letras. En la ciudad de Madrid entre 1550 y 1650, dieciséis de cada cien artesanos eran poseedores de libros, y entre los comerciantes la proporción se situaba en torno al once por ciento. Viene al caso recordar a Tomás Rodaja, el licenciado Vidriera, que era “hijo de un labrador pobre”. También uno de los cabreros citados en el *Quijote*, “sabe leer y escribir, y es músico y poeta”. De la misma

manera, en el capítulo 47 de la II Parte de la citada obra, se habla de un labrador que tiene “dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado”.

Pues bien, estas cifras y ejemplos son testimonio de la realidad de una época en la que empezamos a encontrar evidencias de una clase social abierta y plural, en pleno ascenso, que aspira a reforzar su *status* tratando de asumir la cultura culta que anteriormente había sido patrimonio exclusivo de las oligarquías del saber.

Pero el progreso en la comunicación escrita, naturalmente, llegó con más agilidad y de forma más resuelta a los estratos superiores de la pirámide social, es decir, a los grupos que principalmente tenían recursos y tiempo para desarrollar la lectura, la escritura y el estudio en general. Por utilizar el planteamiento de David Roche, nos estamos refiriendo a todos aquellos que pertenecían a alguna de las denominadas tres togas: la *negra*, exhibida por los clérigos; la *corta*, ostentada por la nobleza; y la *larga*, que

lucían oficiales, abogados, docentes y médicos. A ellos se le unía una nueva categoría que accedía con fuerza a las influencias que ofrecía el saber: la burguesía.

No olvidemos que junto a la acción de creer, las otras dos grandes coordenadas de la existencia humana eran el poder y el saber. Es evidente que los tres juntos, pero quizás de forma más explícita los “productos de la inteligencia”, no llegaron a apreciarse por sí mismos, sino por su función y utilidad social inmediatos.

Con esto no queremos dar por bueno que las tradiciones de cultura estuvieran predeterminadas en función del estamento social al que se pertenecía, sino avaladas principalmente por la mayor o menor receptividad y competencia adquirida por el individuo mediante el aprendizaje y la instrucción. Por tanto, no hay duda de que la acumulación de libros por parte de una persona no fue un hecho aséptico y aislado, respondía a una estrategia previamente modelada, tendente a ascender socialmente, es

decir, a promocionarse por la especialización profesional que sólo permitían los libros. “La profesión de letras y libros –según palabras de don Melchor de Cabrera y Guzmán, abogado en el Consejo Real en tiempos de Felipe IV– hizo nobles a muchos que consta haber nacido plebeyos...”, incluso apunta más alto cuando afirma que: “no solamente hazen los libros nobles a los que los profesan, más aún los igualan al Príncipe”.

Obviamente, la condición básica para acceder al círculo de la minoría intelectual, a los medios influyentes, se obtenía demostrando unas cualidades superiores de carácter intelectual. Sin embargo, el anhelo vital de la gran mayoría estaba también en la capacidad de poder custodiar o monopolizar los resortes de la cultura dominante, aquella que permitía acceder a mejores puestos en la escala social: por un lado, consiguiendo títulos y honores, por otro, mejorando sus niveles de renta y patrimonio y, sobre todo, ejerciendo relevantes cargos públicos. De

manera paulatina, la jerarquía del saber se fue imponiendo a la genealógica. Las letras se fueron convirtiendo en necesidad y justificación para obtener el privilegio de ser colaborador del rey, y entrar a formar parte de los poderosos.

No le faltan adjetivos a Vicente Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón*, para ennoblecen a los libros denominándolos: “fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento...”, pero tampoco encubre el poder que atesoraban. Así, se pregunta: “¿Cuántos hombres de oscuro suelo habéis levantado a las cumbres más altas del mundo? ¿Y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo?”

El saber había empezado a adquirir un prestigio socialmente reconocido y a sumarse a otros como la sangre, el honor y el poder como valores de la clase dirigente.

Centrándonos en este tipo de lectores “doctos o virtuosos” integrados en lo que hemos denominado minoría letrada, es importante

puntualizar que estaban inmersos en una realidad cultural, calificada por el bien recordado Maxime Chevalier de “muy variada”. Esto es, definida por unos comportamientos compartidos, por unas tendencias y unas preferencias literarias que, sin embargo, no llegaron a configurar modelos culturales universales, más bien fueron el resultado de la amalgama de un entramado de prototipos particularmente encarnados en las concretas realidades socio-profesionales. De hecho, las preocupaciones intelectuales del jurista o el científico no tuvieron porqué coincidir con las del eclesiástico o el noble, ni las de éstos corresponderse, por ejemplo, con las manifestadas por el alto funcionariado o el colectivo docente.

Por el contrario, sí se observa en todos ellos un elevado grado de dependencia con el libro, una nueva y activa recepción lectora, unas modernas maneras de relacionarse con el material escrito que pasaban por otras prácticas algo más eventuales, pero igualmente novedosas, imprescindibles para el desarrollo cultural. Nos

referimos a los intercambios de libros, el préstamo entre amigos, las donaciones y regalos entre familiares, además de empeños, encargos, ocul-taciones, sustracciones..., eso sin contar con el alquiler que hacían algunos libreros, las heren-cias de todo tipo, la compraventa de libros suel-tos y de bibliotecas enteras en el mercado de segunda mano, incluso la personalización de los libros con encuadernaciones originales y *ex li-bris*, y con todo lo referente a la situación, deco-ración y ordenación de las propias bibliotecas.

Como podrá entenderse, se trata de unas dis-posiciones comunes y actitudes colectivas que permiten calificar a este tipo de lectura de *moder-na*. Un tipo de lectura experta que aparentemen-te no tenía trabas a la hora de elegir los textos, que sabía controlar el ritmo y la intensidad de su propio curso lector, permitiendo comentar algunos episodios, anotar en los márgenes, su-brayar, releer, recapitular y detenerse cuando le interesaba. Incluso, si era necesario, emplear si-multáneamente varios escritos a la vez.

Su práctica hábil en el desciframiento y en la interpretación dejaba modificar libremente el hábito de trabajo, facilitando la capacidad de hacer un análisis textual más competente, rápido y desenvuelto. Una experiencia novedosa en donde el individuo leía a voluntad, liberándose de la obligada intermediación impuesta al lector oral, buscando, en definitiva, el último sentido a lo leído.

En resumen, estamos ante un nuevo tipo de lector cuyas prácticas, con claras intenciones de discreción y reserva, y, en ocasiones, definidas por su utilidad profesional, erudición religiosa, cultura clásica y caballeresca, además de salpicadas, a veces, con incursiones peligrosas en la literatura heterodoxa, le conduce a la singularidad intelectual y a la especialización.

Así llegamos a unos tiempos modernos en los que desde el inicio de la práctica activa y eficaz de antiguas formas orales e icónico-visuales de comunicación se empezó a reconocer el prestigio del saber, inventando un nuevo modo de

estar en sociedad, y en donde se fueron instaurando avances en el proceso de alfabetización, en la creación de nuevas formas de personalización de la lectura y adaptación de los textos, con particulares conductas en relación con el material escrito y las aspiraciones intelectuales. Todo ello reducido al uso del libro en propiedad. En la intimidad de la casa, junto al estudio, en torno al hogar, en el taller y el despacho, y desde las aulas. La lectura y los libros –parafraseando a Gustavo Martín Garzo– pasaron a ser algo tan natural como ver a una madre haciendo bizcocho.

D
i Esta
a obra ha
sido compuesta
en Garamond y
d está impresa en papel
e verjugado de 100 g. Su
l edición ha estado a cargo
L del Departamento
Publicaciones del
i Consejo
b Superior de
r Investigaciones
o Científicas.



ISBN 978-84-00-08639-8



9 788400 086398